

Carlos
del
Amor
Una
dama
desconocida

CARLOS DEL AMOR
UNA DAMA DESCONOCIDA

© Carlos del Amor, 2025
© Editorial Planeta, S.A., 2025
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Primera edición: febrero de 2025

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 1.262-2025
ISBN: 978-84-670-7267-9

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impresión: Unigraf, S. L.
Impreso en España-*Printed in Spain*



UN MAIL INESPERADO

Estimado Carlos del Amor,

En primer lugar, muchas gracias por facilitarme su correo electrónico ante mi solicitud vía Facebook. Permíteme que te tutee.

Soy doctor en Historia del Arte por la Universidad de Barcelona. Te escribo en calidad de asistente/secretario de un conocido mío de avanzada edad que es coleccionista. La razón por la que te escribimos viene motivada por tus investigaciones y pesquisas en torno al género del retrato... o mejor dicho, en torno a un retrato concreto. Luego desarrollaré la idea, pero si las conjeturas de mi colega son ciertas, y como historiador puedo decirte que podrían serlo, estaríamos ante una obra capital de la historia del arte, de esas que aparecen cada cien o doscientos años. Y tu podrías ser el que la diera a conocer...

No es muy normal recibir un mail como el que tenía delante aquella tarde de finales de invierno; ahí parpadeaba, en mitad del caos que siempre es mi bandeja de en-

trada. Suelo encontrarme con mensajes de lo más variados, pero ninguno como ese que tenía escrito, justo debajo del remitente, «un retrato inédito de Velázquez».

En esa época, hacía algún tiempo que había publicado mi libro *Emocionarte*, y ultimando los detalles de su continuación, *Retratarte*, era frecuente que me escribieran personas anónimas contando alguna historia familiar relacionada con alguna obra. Recuerdo, por ejemplo, que en una presentación se me acercó un familiar de la olvidada pintora Aurelia Navarro para expresar su gratitud por haber aportado un pequeño grano de arena en la recuperación de su figura, y me entregó una carta pormenorizando detalles de la vida de su tía abuela. También eran frecuentes los contactos para darme a conocer algún cuadro de determinado artista que los herederos/conocidos del mismo creían susceptible de interés. Mensajes amables que ciertamente hacen que los libros vayan teniendo vida propia una vez pisan la calle y los lectores los hacen suyos. Pero ese correo era diferente. Sin duda el correspondiente sabía llamar la atención, poner en la misma frase «inédito» y «Velázquez» despierta, como poco, la curiosidad de quien lo recibe, más si es aficionado al arte o, como es el caso, un periodista cultural al que atraen mucho esos misterios o descubrimientos; no diría un sabueso o un Holmes, pero si algo he desarrollado, es un sexto sentido para discernir dónde puede haber un buen tema.

También existe la posibilidad de una sugestión previa, o una especie de encantamiento tras leer grandes noticias como la del descubrimiento del Caravaggio y su *Ecce Homo*, expuesto en el Museo del Prado y noticia

de alcance mundial. Yo siempre he soñado con eso, no con tener un Caravaggio en el desván, ojalá, claro, yo he soñado sobre todo con conocer a alguien con una obra maestra en el altillo y poder escribirlo. Vivo de contar cosas, de buscar historias y de intentar transmitirlos. El objetivo, muchas veces, es lograr contagiar a una tercera persona el entusiasmo por algo.

Al abrir el correo me golpeó —no sé si golpear es el verbo adecuado, pero es la sensación que tuve—, sin avisar, una fotografía de no mucha calidad en la que se apreciaba un cuadro con una joven mirándome fijamente con sus ojos ligeramente saltones y un gesto amable que irradiaba, irradia todavía, serenidad. El peinado, luego descubriría que era un peinado a la moda, me pareció imposible, insólito y, lo confieso, una manera de estropear el primer vistazo. Somos una sociedad de primeras impresiones, de juzgar con solo una ojeada. Ese pelo abultado afeaba el conjunto, pero lo afeaba ahora, en el siglo XXI, no en el XVII. Vestía una especie de blusa semi-transparente con unos respuntos negros. Las perlas, tanto del collar como de los pendientes, llamaban la atención; estaban, por así decirlo, muy bien pintadas, con una pincelada gruesa, una mancha vista de cerca que cobra forma al alejarnos. Esa forma de pintar que siempre me ha parecido como mágica.

He escrito mucho sobre retratos, y si algo he aprendido, es a poder adivinar el tipo de relación entre modelo y

artista descifrando un par de códigos muy visibles. La modelo conoce al pintor, pensé, y si me dije que era un pintor y no una pintora, fue por simple estadística. El cuadro debía de ser de finales del siglo XVI o del siglo XVII, y que fuera una mujer la autora entraba dentro de lo improbable, por desgracia, aunque en un repaso rápido a otros retratos que he investigado, calibré la posibilidad de que fuese un autorretrato, teoría no tan descabellada si tenemos en cuenta que en esos tiempos la mujer estaba condenada al olvido y a pintar o bien bodegones, o bien a sí misma, y en casi todos los casos a no firmar las obras o cederlas al jefe del taller o marido de turno; naturalezas muertas o carreras muertas, mal en cualquier caso.

Ya digo que fueron pensamientos fugaces de un aficionado al arte con un poco de imaginación, ideas que prefiero dejar por escrito ahora porque corren el riesgo de perderse o de desfigurarse según avanza el tiempo; de hecho, es posible que ya estén algo desvirtuadas, debería tener más disciplina a la hora de fijarlas. Eso fue, más o menos, lo que pasó por mi cabeza al estar delante de ese archivo adjunto que no era el único. Con un instinto algo pueril, lo primero que hice fue ir abriendo el resto de los adjuntos, hasta dieciséis, entre los que me era imposible establecer una conexión clara, salvo la similitud del rostro femenino en varias de las ventanas que se iban abriendo en mi ordenador. Como un niño pequeño que lo primero que hace al tener un libro en sus manos es ver los dibujos.

La muchacha de nariz ligeramente achatada destacaba entre todos los ficheros adjuntos. El adjunto número

uno y parecía jugar a esconderse en los adjuntos números cinco y seis. El archivo número siete parecía ser una ampliación de baja calidad de esa misma muchacha, como camuflada en otra obra y con una edad diferente. Sin ser adivino, claramente querían indicar que se trataba de la misma mujer, eran fotos destinadas a establecer una relación física. Como si mandara una imagen de *La Gioconda* y luego otra de una obra con más personajes entre los que creo está *La Gioconda*.

El resto de imágenes se correspondían con retratos fácilmente identificables si eres aficionado al arte, *La reina María de Austria* que he visto en repetidas ocasiones en el Museo del Prado y un *Retrato de dama* que se exhibe en Berlín: esa dama es Inés de Zúñiga y Velasco, la esposa del Conde Duque de Olivares, personaje fundamental en la biografía de Velázquez y que lucía un peinado parecido, por abultado, al de la verdadera protagonista del mail.

Volviendo al correo, había mucha documentación y recibos de remates de subastas donde la muchacha era la subastada, recibos y pantallazos varios de páginas del libro *Arte de la pintura*, de Francisco Pacheco.

Pensé en el buen tema que sería para un reportaje en el informativo, o algo más ambicioso, como un documental. Es arte, es periodístico y es atractivo, todo encajaba, menos el tiempo disponible. Entre el día a día en la tele y la inminente promoción de *Retratarte*, el mensaje fue sepultado por un presente sin disponibilidad.

Pasaba el tiempo y la joven dama seguía en mi cabeza. Quién era, a quién mira con tanta dulzura, por qué fue retratada. Velázquez es de esos artistas con suficiente mística para llegar a obsesionarte; Santi lo sabía y el misterioso coleccionista también, solo necesitaban a alguien que amplificara sus ideas. Ese alguien era yo.

Casi sin darme cuenta, empecé a buscar información sobre el joven Velázquez, el niño aprendiz; en el origen del genio debía haber muchas respuestas, en ese territorio tan poco transitado de su biografía donde realidad y ficción se confunden.

Contra la imaginación no se puede pelear. Tampoco lo intenté mucho.

EL APRENDIZ

El niño Diego salió contrariado del taller de Herrera, su primer maestro, quizá no tenía ese don que su padre creyó ver desde tan temprana edad.

Seguro que Sevilla estaba llena de críos capaces de dibujar una manzana o un ave o una jarra de agua o cualquier alhaja, cavilaba en su cabeza infantil. Su alto nivel de exigencia le llevó a cargar con parte de la culpa y a poner en duda su talento, tan aplaudido por la familia y gente cercana. El camino de vuelta a casa se convirtió en un calvario de pensamientos y vacilaciones. A ratos pensaba en decirle a su padre que dejaba las artes para volver a los jesuitas. Sí, ese sería el plan, aprender un oficio alejado de los pinceles; ser escribiente como él no sería una mala salida. El miedo a decepcionarle asomó enseguida.

Desconozco si existe un nombre técnico para ese «miedo a decepcionar a un padre», pero es un síndrome extendido a lo largo de la historia que ha hecho muchísimo daño y probablemente arruinado cientos de miles de vidas. Actuar por el influjo paterno y bajo su yugo

ha debido echar por tierra incontables y prometedoras carreras. «Seré abogado, es lo que espera mi padre», cuántas veces no hemos oído eso. El síndrome nos acompaña desde muy pequeños y en decisiones casi banales. Yo mismo estuve apuntado a alguna actividad deportiva por creer que eso satisfacía de alguna manera a mi progenitor, y lo libre que me sentí al dejar las clases de judo. Por suerte, Diego tenía un don y su padre lo apreciaba.

Por aquellas sucias calles de Sevilla repasaba mentalmente todo lo hecho durante los siete últimos meses. A su frustración se unía algo peor: una decepción emocional. Admiraba a Herrera, estaba dispuesto a aprender todo de él, su manera de iluminar, de grabar, su bella caligrafía; pintaba diferente. Pero su intransigencia, su forma de hablar, de dirigirse a él terminaron por minar su ánimo. Maldijo su figura y prometió no parecerse nunca a él. Casi sin darse cuenta gritó un: «Ojalá nunca vuelva a cruzármelo», que el eco le devolvió un instante después dejándole paralizado.

Al llegar a casa, Diego expuso sus pensamientos a un padre incrédulo. Herrera había sido discípulo de Pacheco y se convirtió en maestro con apenas veinte años, era un genio precoz llamado a cambiar la manera de entender el arte y que, por su juventud, parecía el idóneo para entenderse con su hijo. La complicidad con un chico de diez años se le antojaba más posible que ante esos viejos maestros aprovechados cuya única finalidad de tener aprendices era convertirlos en criados para poder cumplir con sus encargos.

El padre escuchó a un Diego al borde del llanto. Al terminar, tomó la decisión de ir a pedirle explicaciones en cuanto le fuese posible. Se aseguró primero de que su hijo no hubiese hecho nada contraproducente, como empuñar un pincel sin su permiso.

Diego volvió a insistir en su buen comportamiento y en la manera de hablarle, cuando lo hacía, porque el maestro solía ignorarle. Reconocía su destreza, pero deploraba su actitud. Fue entonces cuando le pidió a su padre no volver allí y dejar la pintura si fuese necesario.

Cuántos genios nos habremos perdido por un mal inicio en lo suyo.

A sus treinta y cinco años, aquella noche João se fue a la cama preocupado, apenas pudo conciliar el sueño. Desde la primera vez que vio coger un lápiz a Diego sabía de su don. Don, don, don. ¿Y si le había repetido demasiadas veces esa palabra a su hijo? ¿Y si el hecho de hacer creer a alguien que es poseedor de una virtud lo único que provoca es un agarrotamiento, una predisposición al fracaso por miedo a no cumplir con las expectativas? Diego también daba vueltas en la cama, temía decepcionar a su padre. En el cuarto cercano de la modesta casa de la calle Gorgoja, su padre estaba seguro de haber fallado a su hijo intentando proyectar sus propios fracasos o el anhelo de haber podido ganarse la vida de otra manera.

Bastante había conseguido, teniendo en cuenta sus orígenes, pensaba mientras avanzaba la noche. La salida de Portugal y la lucha de los suyos por subsistir a una penuria siempre estaba presente; al menos él no ha-

bía entrado en la cárcel como su pobre padre, capaz de trapichear con sedas para sacar a todos adelante.

La pintura podría ser el mejor atajo hacia la nobleza. Es cierto que otro de sus hijos, Juan, también quería dedicarse a ello, pero lo de Diego era diferente, era otra cosa. Alguien tenía que ser capaz de verlo, pero ¿quién?

Sevilla era, a principios de ese siglo xvii, una de las ciudades más poderosas de Europa, incluso desbancando a Amberes como principal motor comercial del continente. El ser designada por los Reyes Católicos como sede de la Casa de la Contratación para gestionar el comercio con el Nuevo Mundo trajo consigo una enorme prosperidad. Ese privilegio, en una ciudad sin salida al mar, pero con un Guadalquivir navegable, provocó la llegada de comerciantes de aquí y de allá y que la ciudad alcanzara los ciento cincuenta mil habitantes repartidos en las más diversas clases sociales, desde nobles y adinerados mercaderes, flamencos o genoveses, a gente de mal vivir y pillos que al olor de la plata y el oro intentaban sacar provecho en una ciudad ajena todavía a la epidemia de peste que mataría casi a la mitad de la población pocos años después.

Esa efervescencia también contagió a la intelectualidad, eran frecuentes las tertulias en talleres que fomentaban el intercambio cultural y el enriquecimiento del espíritu.

João —o Juan, como le conocían en Sevilla— seguía insomne. Había albergado la esperanza de lograr dos

objetivos con la marcha de Diego al taller: satisfacer sus inquietudes artísticas y aligerar una boca que alimentar. Cinco hijos, y otro que estaba por llegar, eran demasiados para la paga que recibía como notario eclesiástico, un oficio modesto situado en la parte más baja de la nobleza de la época.

En el barrio, o collación como se denominaba entonces, de San Miguel, Juan era querido por todos. Su amabilidad y disposición a ayudar, así como la numerosa familia con la que era difícil no cruzarte en algún momento del día, le habían granjeado la simpatía de sus vecinos.

Bernabé era uno de ellos, un amigo de la familia, algo avejentado para la edad que tenía, probablemente por su pasado trabajando en el campo expuesto al sol día tras día.

Aquella mañana charlaron, como era habitual cuando se cruzaban. Los dos reconocieron su cansancio, el de uno era vital, el del otro causado por los desvelos y la preocupación por intentar enderezar el rumbo de su hijo.

Fue entonces cuando Bernabé, después de un largo bostezo, confesó la noche vivida en casa de Pacheco, un hombre erudito, un sabio que reunía a gente de todos los ámbitos para dialogar sobre pintura, escultura e incluso literatura.

—Y tendrías que ver, portugués, las cosas que pintan sus alumnos, porque Pacheco es un maestro: retratos, vírgenes, animales, alimentos. Vaya mano; de ese lugar saldrán, seguro, muchos maestros.

Juan creyó ver el cielo abierto, la voz de Bernabé se atenuaba mientras él buscaba en su cabeza el apellido de Pacheco, algún documento de la Iglesia en el que hubiese estampado su firma, alguna posible conexión que llevase a él.

—Ese Pacheco ¿cómo se llama?

—Don Francisco, don Francisco de Pacheco. Vive en la calle del Puerco.

A los tres días de aquel encuentro Juan decidió ir a ver a Pacheco, pero el maestro había salido de viaje y tardaría en regresar.

Uno de los oficiales del taller le explicó que se había ido a conocer la obra y la manera de pintar de grandes artistas, una práctica habitual. Su primer destino sería Toledo; se había pasado meses obsesionado con un pintor griego del que se hablaba en los círculos artísticos. Se demoraría allí una temporada.

Juan le explicó la razón de su visita, las virtudes de su hijo. Exageró un poco narrándole el asombro causado en todo el que veía sus obras.

Antonio Heredia, así se llamaba el ayudante de Pacheco, fue especialmente amable con Juan. Podría habérselo quitado de en medio de manera rápida, pero le enseñó el lugar y le escuchó con interés. El destino está lleno de gente que posibilita una mejoría del presente y brinda perspectiva de futuro. Incluso le ofreció la posibilidad de volver con el propio Diego.

Juan advirtió, nada más atravesar el umbral del local, que ese era el sitio de su hijo; no sabría explicar la emoción que atravesó su cuerpo, pero entre esas paredes se

respiraba un algo especial, la luz que entraba por uno de los ventanales y la manera de impactar en obras a medio hacer dispuestas sobre caballetes. El tiempo parecía detenido, y eso necesitaba: detener el tiempo para Diego.

Al cabo de tres días, Juan y Diego volvieron al taller. Al niño le cambió el gesto. Antonio le invitó a coger un lapicero y hacer algún trazo. Diego miró a su padre buscando su aprobación, y realizó un carboncillo rápido. Fue el propio Antonio el que, perplejo, afirmó que el maestro iba a estar encantado de recibirle a su vuelta.

Del fondo del taller emergió la figura de otro aprendiz, Leonardo Jaramillo, para darle la enhorabuena por el dibujo.

Nada más dejar a Diego en casa, Juan se fue a ver a su amigo Pedro del Carpio para escribir la carta que se le presentaría a Pacheco; él no podía hacerlo por ser parte implicada. Y de ahí sale un documento que quizá cambia la historia del arte o, al menos, la historia de nuestro protagonista, porque, en Pacheco, Velázquez encontraría todo lo que no había hallado con Herrera... incluido el amor.

Sepan quantos esta carta vieren como yo, Juan Rodríguez, vezino desta ciudad de Sevilla en la collación de San Vicente, como padre lijítimo e administrador que soi de la persona e bienes de Diego Velásques mi hijo, de hedad de doce años poco más o menos, que está constituído debaxo de mi dominio paternal otorgo e conosco que lo pongo a aprender el arte de pintura con

vos Francisco Pacheco maestro de dicho arte e vezino desta dicha ciudad por tienpo y espacio de seys años cumplidos primeros siguientes, que empesaron a correr desde primero día del mes de diziembre del año que pasó de mill e seiscientos e dies, para que en todo este dicho tiempo el dicho mi hijo os sirua en la dicha vuestra casa y en todo lo demás que le dixéredes e mandáredes que le sea onesto e pusible de hacer y vos le enseñeys el dicho vuestro arte bien e cunplidamente según e como vos lo sabéis (...) y en todo el dicho tiempo le ayais de dar de comer e beuer e vestir e calsar, casa e cama en que esté e duerma (...).

Quizá les haya sucedido alguna vez, ser consciente de cómo un gesto puede cambiar tu sino, tu futuro, el camino a recorrer. Hay decisiones que marcan la existencia. Juan miró aquel documento al que Pedro del Carpio acababa de soplar para acelerar el proceso de secado de la tinta. En ese sello iba una vida, la vida que estaba por llegar.